

## LA SENSITIVA.

---

(A CÁRLOS WALKER MARTINEZ.)

### I.

Yupanqui, el grande Yupanqui,  
Ha avasallado mas pueblos  
Que arenas los mares tienen  
I estrellas el firmamento.  
A su mandato sumisos,  
Encierra en su vasto imperio  
Mas dilatadas rejiones  
I mas poderosos reinos,  
Que aguas contienen sus rios  
I hojas sus bosques inmensos.  
Mas Yupanqui, el poderoso,  
El Inca altivo i soberbio,  
Que de un mar al otro mar  
Ha paseado sus ejércitos;  
Yupanqui, el grande, el invicto,  
Ante quien tiemblan los pueblos,  
Por quien en la lid pelea  
El Padre Sol desde el cielo,  
Ha visto burlar su nombre  
I matar a sus guerreros;  
Ha visto amenguar su fama  
E inútiles sus esfuerzos  
Cuando las aguas del Maule  
Atravesar quiso ciego.

¡Que el furor de los tiranos  
Es vano contra los pechos  
Que arden en el patrio amor  
I alientan en libre suelo!....

---

No impunemente del Inca  
Se escarnece el nombre excelso;  
No a mansalva se desprecia  
Su enojo potente i fiero.

Desde remotas rejiones  
I de los vecinos reinos,  
Desde las cumbres nevadas  
I de los bosques espesos,  
A su llamado obedientes,  
Presurosos acudieron  
Mil guerreros escuadrones  
En lengua i traje diversos.  
¡Iba a vengarse Yupanqui  
De su enemigo soberbio;  
Ante su saña potente  
Iba a perecer un pueblo!

“Id, dijo el Inca a los suyos,  
Destruid, arrasad, tremendo  
Sea el castigo, no quede  
Vivo uno solo entre ellos:  
¡Que nadie al Inca resiste  
A esos viles probar quiero!”

Calló, i tan grandes clamores,  
Alzó el ejército inmenso,  
Despues de oir reverente  
Del Inca el sagrado acento,  
Que las aves aturdidias  
Por su pavoroso estruendo  
Segun cuentan las historias  
Desde los cielos cayeron.

¡Yupanqui, deja al valiente  
Su familia i su sosiego;  
Inútil será tu enojo  
Inútiles tus esfuerzos:  
Que el furor de los tiranos  
Es vano contra los pechos  
Que arden en el patrio amor  
I alientan en libre suelo.

Fué larga i cruel la lucha:  
En mil furiosos encuentros  
Si unos valientes peleaban  
Los otros leones fueron.  
Estos dilatar querian  
De su señor el imperio  
I defendian su patria  
I su libertal aquellos.

¿Qué puede en la lid sangrienta  
Un ejército de siervos  
Contra el que alberga la llama  
De libertad en su pecho?  
¡Libertad, si triunfa, logra;  
I libertad, sucumbiendo!

Huyó la hueste del Inca,  
Huyó su ejército inmenso  
I con su azul trasparente  
Cubrió el araucano cielo  
Libres que serlo sabían,  
Tumbas de gloriosos muertos.

¡Yupanqui, viste burlado  
Tu nombre i tu enojo ciego;  
Solo un puñado de libres  
A tu ambicion puso freno;  
Huyeron tus estandartes,  
Tus capitanes cayeron,  
Que el furor de los tiranos  
Es vano contra los pechos  
Que arden en el patrio amor  
I alientan en libre suelo!

Ya el dia temido llega,  
Ya el Cuzco se ve a lo léjos;  
Yupanqui verá tan solo  
De su ejército los restos.  
Ante su enojo potente  
Están los jefes inquietos,  
I en sus sueños los soldados  
Creen ver ya su rostro fiero.  
Todo es zozobra en las almas,  
Terror en el campamento,  
Todo inquietud que se oculta  
Con mal finjido sosiego.

Era la noche serena:  
En el trasparente cielo  
Brillaba la blanca luna  
Su luz pálida esparciendo.  
Es todo paz i reposo;  
Todo en el bosque, misterio;  
Todo, lejanos murmullos;  
Para el alma, todo ensueños.

Solo a intervalos se oye  
Interrumpir el silencio

Ya el susurro de las ramas  
Sacudidas por el viento;  
Ya el grito de un ave errante  
Que va volando a lo léjos,  
O de lejana cascada  
El ronco, salvaje estruendo.

Lanzas, aljabas i flechas,  
Pielés de animales fieros,  
Hachas de piedra i escudos  
De fuertes maderas hechos.  
Hondas, i pesadas mazas,  
En salvaje desconcierto,  
Pendian entremezcladas  
De los troncos gigantescos.

De las hogueras rojizas  
Al vacilante reflejo,  
I al resplandor de la luna  
Que atravesaba el espeso  
Ramaje del bosque umbrío,  
Veíanse por el suelo  
En lechos de hojas i yerbas  
Los fuertes, bronceados cuerpos  
De los guerreros cansados  
Que se entregaban al sueño;  
Aquí i allí suspendidas,  
Como nidos de jilgueros,  
Los hamacas de los jefes  
Culumpiándose en el viento.

Aquella noche apacible,  
Aquel solemne silencio,  
Aquel majestuoso bosque,  
Aquel reposo i sosiego;  
Tantas armas i bagajes,  
Tantos dormidos guerreros,  
Tantas hogueras rojizas  
Entre la espesura ardiendo,  
Despertaban en el alma  
Encontrados sentimientos,  
Con su aspecto misterioso  
De admiracion i respeto.

## II.

¡Ai del que jime en cadenas,  
Cautivo sin esperanza!  
¡Ai triste del que suspira  
Por el cielo de la patria!

¿Qué importa que cante el ave  
Entre la verde enramada;  
Qué importa que a sus oídos  
Suspiren las tibias auras,

Si no conserva ese bosque  
Ni una huella de sus plantas,  
Ni esos árboles no oyeron  
Sus amorosas palabras?

¿Si no fueron esas aves  
Las que en las dulces mañanas,  
Con su canto interrumpian  
Los ensueños de la infancia?

¿Qué tristes las auras jimen,  
I no traen en sus alas  
Ni un acento conocido,  
Ni un consuelo para el alma! . . . .

¡Ai del que jime en cadenas,  
Cautivo sin esperanza!

.....  
.....

---

Allá, a lo léjos, camina,  
Como una vision fantástica,  
Mal oculta por las sombras  
Entre la espesa hojarasca,

Una figura vestida  
De luenga túnica blanca  
Que con recatados pasos  
Del campamento se aparta.

¿Qué busca en la selva espesa?  
¿A do encamina su planta?  
¿El jaguar que cerca jime,  
Las sombras, no la acobardan?

Es una niña hechicera,  
Mas bella que la esperanza;  
Es una tórtola viuda,  
Una rosa marchitada;

Es un recuerdo de amores  
Que entre las tinieblas vaga;  
Es un perfumado sueño,  
Es una ilusion del alma.

Detiene el paso i en tierra  
Se arrodilla acongojada,  
Ambas manos sobre el pecho  
Alza al cielo una plegaria.

Su pura frente la luna  
Con sus resplandores baña;  
I su querella las brisas  
Juguetonas arrebatan.

“Madre luna, desde el cielo  
Compasiva estás mirando  
El amargo desconsuelo  
Con que por extraño suelo  
Va Tilatila llorando.

“Ha un instante conseguí  
De mi rudo carcelero,  
Que me dejara hasta aquí  
Venir a implorar de tí  
Una dicha que no espero.

“Mi amor mi padre bendijo  
Al partir para la guerra,  
I sollozando me dijo:  
—No quedas sola en la tierra;  
Si muero, tengo otro hijo.

“I solitaria lloraba,  
I su regreso aguardaba,  
I aguardaba a mi Jahuel,  
I mi Jahuel no tornaba  
Ni el padre amado con él.

“Madre luna, da a mi pecho  
Un consuelo en su aflicción,  
Que arrancada al patrio techo,  
Prisionera, llevo hecho  
Pedazos el corazón.

“¡Ai! mientras tus hijos huían  
De la batalla sangrienta,  
A Tilatila aprehendían  
I a Yupanqui la traían  
Para ocultarle su afrenta.

“Atras los Andes dejé  
I sus nieves i sus ríos  
Que van regando a su pié  
Prados i bosques sombríos. . . .  
¡Atras, atras cuanto amé!

“I por consuelo escuchaba:  
“Mujer del Inca serás”  
Mientras mi patria cruzaba  
Que no vería ya más,  
De ser libre a ser esclava.

“Madre luna, madre luna,  
Ten benigna compasion  
De este pobre corazon;  
Que jamas lloró ninguna  
En tan horrible aficcion.

“Dicen que amorosa amparas  
A la desgracia inocente,  
I que al corazon doliente  
Un tibio rayo deparas  
Que lo ilumine i aliente.

“Dicen que amas los amores  
I por darles dulce nido,  
Van tus suaves resplandores  
Dando perfume a las flores  
I a los céfiros rüido.

“Que llevas del pecho amante,  
Que en ruda ausencia suspira,  
Un suspiro delirante,  
En un rayo vacilante,  
A otro pecho que delira.

“Da un alivio a mis dolores....  
De mi patria me arrancaron,  
I de mis dulces amores  
Mis dioses me abandonaron:  
Nadie escucha mis clamores....

“Tu luz proteja mi huida,  
Mi inocente amor defienda,  
Unico bien de mi vida,  
I muéstreme oculta senda  
Hasta mi patria querida.

“¡Ah! si pudiera volver  
A mi Jahuel adorado,  
Entre sus brazos caer,  
I en ellos desfallecer  
Mi pecho al suyo estrechado!....

“Madre luna, desde cielo  
Compasiva estás mirando  
El amargo dosconsuelo  
Con que por extraño suelo  
Va Tilatila llorando.”

Calló la niña i los ecos  
De su angustiosa plegaria  
Repitiéndolos el bosque  
Se extinguen a la distancia.

I con susurro doliente  
Van jimiendo entre las ramas  
Las brisas que oyen sus quejas,  
Que las reciben i pasan.

¡Ni un consuelo a sus dolores,  
Ni un reflejo de esperanza,  
Ni un corazon que la escuche,  
Ni una respuesta a sus ansias!

¡Ai, del que solo en el mundo,  
Sin rumbo, sigue su marcha,  
Sin que una luz bienhechora  
Vea alzarse en lontananza!

¡Ai, del que siente en el pecho  
Del amor la dulce llama,  
I siente vacío en torno  
I siente morir su alma!

Vagar, vagar por la tierra,  
Vagar con cansada planta,  
Que abrasan los arenales  
Que las espinas desgarran,

Buscar una fuente amiga,  
Una sombra hospitalaria  
I ver un desierto inmenso  
Que se pierde en la distancia,

Viajeros que por el mundo  
Haceis la dura jornada,  
Vosotros sabeis que es esta  
La mas horrible desgracia.

---

De súbito un rumor vago  
Traen las brisas en sus alas,  
Nuncio de que álguien se acerca  
Con cautelosas pisadas.

Rumor fatal de infortunios,  
Rumor que la sangre pára.  
¡Desgraciada Tiltila,  
Tus esperanzas acaban!

Talvez el jaguar te asecha  
I rabioso se prepara  
A sofocarte en sus brazos,  
A destrozarte en sus garras.

¿El jaguar?... Mas ¡ai! ¿qué importa?  
El jaguar liberta tu alma  
De la prision en que jimes  
I volarás al que amas.

¡Cuán dulce para el que sufre  
Es esa muerte que espanta,  
Que los dolores disipa,  
Que las prisiones desata!

¡Cuán grato cernerse libre  
En pos de lo que se ama,  
Ajitarse el pecho amado,  
Beber su aliento que embriaga!

Mas ¡ai! niña sin ventura,  
¡Suerte mas cruda de aguarda!  
Talvez los siervos del Inca  
Escucharon tu plegaria.

Volverás a tus prisiones  
I volverá tu desgracia;  
I en los brazos de Yupanqui  
Serás de su amor esclava.

Vas a ofrecerle placeres,  
Vas a postrarte a sus plantas,  
Vas a darle tus caricias,  
Vas a rendirle tus gracias.

¡Ai, va a pagar tu belleza,  
Tiltilla infortunada,  
La sangre de tus hermanos,  
La libertad de tu patria!

---

Mas ¡ai! el rumor se acerca,  
Crujen las ramas quebradas,  
La luna su faz oculta,  
Las aves nocturnas graznan,

Doliente jime la brisa,  
La niña asustada se alza,  
Clava espantada los ojos,  
Se abren con fuerza las ramas,

—“Tilatila,” un hombre grita,  
—“¡Jahuel!” Tiltilla exclama,  
I un tierno abrazo confunde  
Sus almas enamoradas.

¡Dicha infinita del cielo,  
Dicha que el labio no alcanza  
A contener en sonidos,  
A reflejar en palabras!

Amor, amor, en el mundo  
Solo contento del alma,  
Oasis de la existencia,  
Chispa de Dios emanada,

¿Qué pecho tan dolorido  
No ha sentido con tu llama  
Renacer las ilusiones,  
Floreecer las esperanzas?

Cielo sin luz, sin estrellas,  
Negra cárcel solitaria  
Es la existencia horrorosa  
Del que tu fuego no abrasa.

Vida sin amor, no es vida:  
Mónstruo es el hombre que no ama,  
Peña en que Dios no ha infundido  
El soplo que enciende el alma.

### III.

Desparrámense los mares,  
Estremécese la tierra,  
Derrúmbanse las montañas  
I el fiero volcan revienta;

Corre a torrentes el fuego,  
El trueno el espacio llena,  
El mundo desaparece  
I el firmamento se incendia.

Todo eso el labio lo dice  
I las palabras lo expresan;  
Pero no de el pecho humano  
Las tempestades desechas.

Cuando el corazon palpita  
I la sangre por las venas  
Circula como un torrente  
I cual vivo fuego quema;

Cuando en la mente se agrupan  
Confundidas las ideas,  
Como en el cielo las nubes  
En desatada tormenta;

Cuando en el pecho se ajitan  
I al labio trémulo llegan  
Tumultuosos sentimientos  
Buscando anchurosa puerta,

Calla ociosa la palabra,  
Calla sin fuerza la lengua,  
Que a dar a ese mar salida  
Con vanos signos no acierta.

Así, en brazos de su amado,  
Muda Tilatila queda,  
I se dicen con los ojos  
Lo que los labios no intentan.

Temblorosos, anhelantes,  
Aturdidos se contemplan  
I ora amantes desfallecen  
Ora febriles se estrechan.

En amorosos deliquios,  
En íntimas confidencias,  
Solo de su dicha gozan,  
Solo de su amor se acuerdan;

Que la luz es mas brillante  
Despues de ruda tormenta  
I esparcen mas grato aroma  
Las flores en la pradera.

I en tanto que el aura jime  
I relucen las estrellas,  
Los dos dichosos amantes  
De sus desdichan conversan

Olvidando al enemigo  
Que con su campo los cerca  
I dejando huir las horas  
Propicias de las tinieblas.

JAHUEL. Cuando volvió victorioso  
Del enemigo, Jahuel,  
A su Tilatila, fiel,  
Corrió a abrazar presuroso  
En su choza . . . .

TILATILA. I entre tanto  
Tilatila se alejaba  
A ser de Yupanqui esclava  
Derramando amargo llanto.

J. Mas Jahuel juró salvarte,  
I en justa rabia encendido,  
Al tirano aborrecido  
Su valor sabrá arrancarte.

T. Pero cautiva hasta aquí  
Trájola el tirano fiero.  
Mucho de tu brazo espero . . . .

J. ¿Temes i estás junto a mí?

T. Jamas estando a tu lado  
Tu Tilatila temió . . . .  
Léjos la patria quedó . . . .  
Mucho en salvarme has tardado.

- J. ¡Calla! que sino supiera  
Que a el alma postra el dolor,  
No creeria en tu amor  
I aquí rabioso muriera.  
¡Has dudado de tu amante,  
De Jahuel que hasta aquí herido  
Para salvarte ha corrido  
El desierto, agonizante!
- T. ¡Jahuel! . . . .
- J. I creiste un dia . . . .  
¿Qué creiste? ¿dime, qué?  
¿Talvez en venir tardé  
Porque a los siervos temia? . . . .
- T. Jahuel, tu enojo me mata;  
Oye, mis ruegos atiende:  
Esa sospecha me ofende . . . .  
Calla, escucha . . . .
- J. Sabe, ingrata,  
Que ese vil Jahuel, por muerto  
Quedó en la postrer batalla,  
I si tu padre no le halla,  
No salvarias, por cierto.  
Sabe que quiso correr  
A arrancar a su querida  
En cuanto volvió a la vida . . . .
- T. ¡Infortunada mujer! . . . .  
Por el amor de tu madre  
No tales cosas me digas,  
No en ofenderme prosigas . . . .
- J. Estorbómelo tu padre,  
“Herido de muerte estás,  
Dijo, i salvarla no puedo;  
Soy viejo i aquí me quedo,  
Aguarda i la salvarás.”  
Pero sus ruegos no oí  
I una noche me escapé.
- T. ¡Yo jamas dudé de tí!
- J. ¡Mucho en salvarte tardé! . . . .
- T. Jahuel, la luna es testigo  
De que mi amor no dudó;  
Ha un instante que juró  
Morir i vivir contigo.  
Muerto en la lid te creí  
Cuando en salvarme tardabas.
- J. ¿Mas, que viniera dudabas  
Por miedo al Inca hasta aquí?
- T. Eres bravo entre los bravos,  
Por eso te adoro yo:

- Quien en mi patria nació  
No le teme a los esclavos.  
Dudas tan crueles desecha,  
¡Ya somos, juntos, felices!.....
- J. Sí, pues me amas como dices,  
No haya en mi alma sospecha.  
Pero no temas jamas  
De mi valor. Nunca es tarde  
Para vencer al cobarde;  
Libre conmigo serás.
- T. Jahuel ¿qué dicha mayor  
Puede la tierra guardarme  
Que sin reserva entregarme  
Al objeto de mi amor?  
Jahuel mio, entre tus brazos  
Nada mi valor acorta.  
La muerte misma ¿qué importa  
Si en dulcísimos abrazos  
Mi pecho a tu pecho unido  
La misma flecha atraviesa?  
La dicha, la muerte es esa  
Que yo a la luna he pedido.
- J. ¿Quién arrancarte osará  
De entre mis brazos, valiente,  
Si de mi esfuerzo pendiente  
Tu dicha i mi amor está?  
Violento el pecho me late,  
Que fuerza i coraje siento  
Para batirme con ciento  
I vencer en el combate.  
Por sus cachorros rabiosa  
La puma pelea i muere,  
I, aun moribunda, hiere  
Al guerrero que la acosa.  
¡Pelear por tí i a tu vista:  
Triunfante, gozar tu abrazo;  
Muerto, caer en tu regazo;  
Nadie mi valor resista,  
Porque rodará a mis piés,  
Que la dulce amada mia  
Que su dicha me confía  
Premio de mi triunfo es!
- T. Mi Jahuel, cuanto consuelo  
Me das.....
- J. Dichoso por tí  
Soi.....
- T. ¡Amame siempre así!
- J. Eres mas bella que el cielo

- En una noche tranquila.
- T. Tú eres hermoso tambien.
- J. Tú, mi amor, mi único bien,  
Mi hechicera Tilatila....
- T. ¡Oh! de tu amor al arrullo  
Todas mis penas olvido....  
¡Oye! ¿no escuchas ruido?
- J. Es de las hojas murmullo,  
O algun valiente quizá  
De los que traje conmigo,  
Que a observar al enemigo  
Fueron, que vuelve será.  
¿Qué importa lo que sufrí  
Cuando el desierto cruzaba,  
Cuando en vano preguntaba....
- T. Huyamos Jahuel de aquí.  
¿No escuchas?
- J. Es el zumbiar  
Del viento en el bosque espeso.
- T. ¡Ah! me buscarán!
- J. Si es eso  
Quietos debemos estar,  
Pues descubrirnos podria  
El ruido de nuestro paso....
- T. ¿Qué es eso, Jahuel?
- J. Acaso  
Un ramo se troncharia.  
No temas: mis armas tengo  
Mui cerca de este lugar  
I bien pronto ahí han de estar  
Los valientes con que vengo.
- T. ¡Cómo mi pecho palpita  
Al pensar....
- J. I hace un instante  
Que me jurabas amante....
- T. ¡Ai, ¡huyamos!....
- J. ¿I así ajita  
Vago miedo a quien la muerte  
Junto a mí no temeria?
- T. No la temo; mas podria  
¡Oh Jahuel mio, perderte;  
I de ser libre, contigo,  
Ser del Inca prisionera!....
- J. Oye, Tilatila, espera:  
Dormido está el enemigo,  
Distante su campamento,  
Solo se oye en derredor  
El apacible rumor

Que en el bosque forma el viento.

Escucha: todo reposa,

No se oye el ruido mas leve.

T. Aun mi pecho no se atreve

A creer que libre i dichosa

Seré.

J. ¿Nada escuchas?

T. Nada.

J. Ya ves; tu temor fué vano,

Pues los siervos del tirano

Ignoran que mi adorada,

Miéntras se entregan al sueño,

Por entre el bosque se aleja,

I que así burladas deja

Las crueldades de su dueño.

T. Huyamos, pues aun nos presta

La noche su sombra oscura

I senda grata i segura

Nos ofrece la floresta.

J. Huyamos, pues duermen ellos.

T. I huir en vano seria

Si nos encuentran del dia

Aquí los claros destellos.

J. Sin reposar caminamos

Por alcanzarte hasta ayer,

I cerca de anochecer

A esta floresta llegamos;

Un instante paré aquí,

Miéntras la noche caia,

I en sus sombras me ofrecia

Modo de llegar a tí.

Muerto de cansancio estoi.

T. Pues, aguardemos un rato

Que descanses.

J. ¿E insensato

Nuestro amor a arriesgar voi?

Huyamos, amada mia,

Que ese amor que a tí me liga

No consiente la fatiga

Que serte fatal podria.

T. Por la selva cruzaremos

Causando envidia a las flores

I hablar sus vagos rumores

De nuestras dichas oiremos.

J. Huyamos, que mi alma ansía

La nativa libertad

I la vasta soledad

De la floresta sombría,

Do encontrará en la espesura  
Nido dulce i regalado,  
Por las auras perfumado  
Junto al agua que murmura  
Nuestro ardiente i puro amor.

T. Adios selva solitaria  
Que escuchaste mi plegaria,  
Mi plegaria de dolor.

J. Adios, esclavos, quedad  
En vuestro inútil reposo;  
Yo con mi amor soi dichoso  
I busco la libertad.

---

Mas de súbito el ramaje  
Abre paso con violencia  
A cien guerreros que a un tiempo  
Por todas partes los cercan.

—“¡Deteneos!” gritan todos  
Mientras sus armas aprestan;  
I “¡Deteneos!” repite  
A la distancia la selva.

—“Rendios,” exclama un jefe  
En son de burla i de befa;  
“Nada esperéis de los vuestros  
Que ya prisioneros quedan.”

Un ¡ai! lanzó Tilatila,  
Un ¡ai! que la sangre hiela,  
Un ¡ai! de suprema angustia  
I se desploma sin fuerzas.

Jahuel se encoje rabioso,  
Como la herida pantera,  
I convulsivo a su amada  
Con brazo nervudo estrecha.

Colócase cabe un tronco  
Que sus espaldas defienda,  
I un fuerte gancho desgaja  
Ya que otras armas no lleva.

El rostro, como cadáver;  
Los ojos, como centellas;  
Crispadas las férreas manos,  
Echada atrás la cabeza;

Trémulo el labio de ira,  
Sacudiendo la melena  
Como leon acosado,  
A sus contrarios observa.

Todos el paso detienen,  
Todos fijos le contemplan,  
Todos espantados callan  
I todos de pavor tiemblan.

Nadie las armas esgrime,  
Nadie valiente se acerca,  
¡Ai! del que su ira provoque!  
¡Ai! del que a avanzar se atreva!

J. —“Solo i desarmado estoi,  
Sois un ejército entero,  
Venid, que a probaros voi  
Lo que es un libre guerrero! . . .

“Ante el dueño que os humilla  
Id a inclinar vuestra frente,  
Ya que temeis en gavilla  
La lucha con un valiente.

“Jefe, ven, si es que hombre eres.  
Venid cobardes ¿qué haceis?  
¡Ea! azuzad las mujeres  
Que por soldados traeis!”

Así Jahuel exclamando  
A sus enemigos befa;  
I como el jaguar rabioso  
Se lanza sobre su presa,

Veloz sobre sus contrarios,  
Que pasmados le contemplan,  
De un solo salto se lanza  
I los aturde i atierra.

Todos espantados huyen  
I de sus golpes se alejan,  
I zumba la rama en tanto  
Que por el aire voltea.

Allí a un soldado machuca,  
Aquí a un capitan derrenga;  
Allá un cráneo despedaza,  
Acá un peloton dispersa.

Allí los jefes dan voces,  
Aquí un herido se queja,  
Allá resistir pretenden,  
Acá huyendo se atropellan.

Ora improviso, de un salto  
Ataca al que mas se acerca;  
Ora burlando mil golpes,  
Como una sombra, se aleja.

Así a un tiempo, en todas partes  
Sus enemigos lo encuentran  
I donde quiera los vence  
I pelea donde quiera.

En la confusion i estruendo  
De las ramas que se quiebran,  
De las armas que se chocan,  
De los jefes que vocean,

Nadie las órdenes cumple,  
Nadie entiende lo que ordenan,  
Nadie las armas esgrime,  
Nadie a luchar se presenta.

Todos, los golpes evitan;  
Todos, espantados vuelan  
A refugiarse en el bosque  
I el campo al valiente dejan.

Un jefe solo, ruiendo  
De coraje i de vergüenza,  
Mientras escapan los suyos,  
Arrójase a la pelea;

Ciego de ira, blandiendo  
Violenta la masa fiera,  
Sobre Jahuel la derrumba  
I sanguinoso lo atierra.

Mas apénas ha caído,  
Repuesto del choque apénas,  
Mientras al último golpe  
El enemigo se apresta,

Alzase Jahuel i raudo  
Entre sus brazos lo estrecha,  
I lo estrangula i sofoca  
I muerto en sus manos queda.

A un puñado de guerreros  
Que de léjos le contemplan  
Por burla el yerto cadáver  
Arrójales con violencia.

I cuál el toro valiente  
Que la ancha plaza pasea,  
Sembrada de los despojos  
De su indómita braveza,

Sacudiendo la alta frente  
Detiénese en medio de ella  
I un nuevo enemigo busca  
Que a combatirle se atreva;

Así Jahuel victorioso,  
Levantada la cabeza,  
Con la vista desafia  
I nadie ante él se presenta.

---

—“¡Cobardes!” clama su labio  
I a su Tilatila vuela,  
Que pálida i angustiada  
El fin de la lucha espera.

—“Jahuel.” —“Tilatila mia,”  
Al propio tiempo resuenan,  
I en un abrazo del alma  
Sus corazones se estrechan.

Mas ¡ai! que parte silbando  
De entre el bosque una saeta,  
Que de Jahuel en el pecho  
Clavada i temblando queda.

¡Que siempre a la dulce copa  
De la alegría se mezcla  
Amarga hiel de dolores  
Que el corazon envenena!

—“¡Cobardes!” Jahuel con ira  
Clama i su mirada fiera  
Al que le hirió busca en vano  
Que a nadie su vista encuentra.

Ruje de dolor su pecho,  
Hiere con rabia la tierra,  
Pero su planta vacila  
I todo su cuerpo tiembla.

---

Tilatila jime en tanto  
De dolor el alma llena;  
Postrada i llorosa al cielo  
Ferviente súplica eleva:

“Luna, si compadecida  
Has mirado mi dolor,  
Salva a mi prenda querida,  
No le arrebatas la vida,  
No me arrebatas su amor.

“Luna, ¿para qué vivir?  
¿Sobre la tierra qué aguardo?  
El muere. . . . Que venga a herir  
Mi triste pecho otro dardo  
I tambien podré morir.

“Guárdame con tu luz pura  
Del Inca altivo i crüel,  
I oculta la sepultura  
Donde duerma mi Jahuel  
Entre la verde espesura.

“Que siempre su cuerpo frio,  
Unido a mi amante pecho,  
Nadie turbe el amor mio  
En este tranquilo lecho  
Que ofrece el bosque sombrío.

“Logre en los brazos caer  
De mi Jahuel adorado,  
I en ellos desfallecer,  
I eterno así habrá de ser  
El lazo que nos ha atado.”

En tanto Jahuel, temblando,  
Da de su fin claras muestras,  
En sus ojos que se apagan,  
En su pecho que no alienta.

Débil su planta vacila  
I a sostenerla se niega;  
I asido a una fuerte rama  
A Tilatila contempla.

Una lágrima quemante  
Desde sus párpados rueda,  
Del bravo leon moribundo  
Señal de ira postrera.

I con labio convulsivo,  
Con voz perceptible apénas,  
Da a su amada en sus adioses  
De su amor la última prenda.

- J. Adios Tilatila; muero . . . .  
Te dejaré en un instante . . . .  
T. Me dejas ¿i eres mi amante?  
Me dejas ¿i eres guerrero?  
J. Mi ardiente corazon parte  
Esta flecha . . . .  
J. ¿I a tu amada  
Dejas al Inca entregada? . . . .  
T. En vano corrí a salvarte,  
Porque un cobarde asesino  
Te arrebató de mis brazos . . . .  
J. No estorba nuestros abrazos  
El dardo que a herirte vino:

Esto a la luna pedí  
I mi plegaria lo alcanza:  
Era mi dulce esperanza  
Estar siempre unida a tí.  
Eterna la dicha sea  
De nuestros pechos; cobarde  
Tu brazo más no retarde  
El que dichosa me vea.

J. ¡Ah! yo muero, amada mia,  
I con tus dulces palabras  
Mi mayor desdicha labras  
I haces mas cruel mi agonía.  
¿Qué dicha, qué union es esa  
Cuando ya a dejarte voi,  
Cuando moribundo estoi,  
Cuando un dardo me atraviesa?  
¡Ah! Tilatila, yo muero  
Huye, apártate de aquí  
I guarda siempre de mí....

T. Yo abandonarte no quiero;  
Nuestra dulce union estrecha.

J. ¡Deliras!

T. ¡Una mujer  
Te ha de enseñar!

J. ¿Qué he de hacer?

T. ¡Qué! ¿no tienes una flecha?

J. ¡¡¡Te comprendo, Tilatila!!!...

Libre deseas morir  
I entre mis brazos dormir  
En esta selva tranquila.  
Sí, pues, la luna recibe  
Estas ofrendas de amor,  
Infunda en mi alma valor....  
Por mí mueres, por mí vive.

¡¡Logra, en los brazos caer  
De tu Jahuel adorado  
I en ellos desfallecer;  
I eterno así habrá de ser  
El lazo que nos ha atado!!

Así diciendo se arranca  
Del pecho la aguda flecha  
I traspasa a Tilatila  
De un solo golpe con ella.

De la niña entre los labios  
Un débil ¡ai! sonó apénas  
I una sonrisa apacible  
Su amor i su gozo muestra.

Hondo silencio del bosque  
En las soledades reina,  
Ni una hoja la brisa mueve,  
Ni un lejano rumor suena.

Solo se oye de dos pechos  
La respiracion incierta,  
I quizá a dos corazones  
Que a un mismo compas golpean.

Lánguidamente abrazados  
Los amantes se contemplan  
I una inefable sonrisa  
Su íntima dicha revela.

¿Qué puede del infortunio  
La ponzoñosa saeta  
Contra quien la llama ardiente  
De amor en su pecho alberga?

¡Dulces instantes veloces  
Que el alma de gozo inebrian!  
¿Qué son para tanta dicha  
Los dolores de la tierra?

Unificarse dos almas;  
Mudas e inertes las lenguas,  
Arrancar de unas pupilas  
El mundo de amor que encierran;

De un corazon inocente  
Las vibraciones secretas  
Comprender en los latidos  
A que los nuestros contestan;

Desfallecer de delicias,  
Levantarse de la tierra  
I estrecharse en el espacio  
Dos almas que juntas vuelan.

Ver desaparecer el mundo,  
Sentir una dicha inmensa,  
Unirse dos corazones,  
Confundir dos existencias;

Callar, sentir, comprenderse,  
Morir i en union eterna  
Juntos volar hácia el cielo;  
¡Ese es amor, vida es esa!

Así Jahuel en los brazos  
De su amada absorto queda,  
I en dulce deliquio cae  
En los de su amante ella.

De súbito un rumor triste  
El aire dormido puebla,  
Cual de música lejana,  
Vaga armonía siniestra.

Los arroyos no murmuran,  
La luna sus luces vela,  
Calladas las brisas paran,  
Calladas las hojas tiemblan.

Mudas las flores se inclinan  
I dos suspiros resuenan.  
—“¡Juntos!” repiten dos labios,  
—“¡Juntos!” repite la selva.

Allá en el espacio inmenso  
Donde esos suspiros vuelan  
Al fundirse en uno solo  
Con dulce rumor se besan.

Acá en el bosque sombrío  
Sobre la desnuda tierra  
Dos cuerpos inertes yacen  
Que en dulce abrazo se estrechan.

—“¡Juntos!” repite la brisa  
Cuando amorosa menea  
Las verdes hojas del bosque  
Modulando suaves quejas;

De las flores en el cáliz  
Con voz dulce “¡Juntos!” suena  
I se inclinan, se acarician  
Suspiran de amor i tiemblan.

Saltando el agua en la grama  
“¡Juntos!” murmura al lamerla,  
“¡Juntos!” la tórtola jime  
I arrulla a su compañera;

I hasta los rayos de luna  
Temblando entre la arboleda  
“¡Juntos!” dicen i se unen  
I se esconden en la yerba.

#### IV.

Inútil es vuestra rabia,  
Vuestros esfuerzos son vanos,  
Que ya son son juntos felices  
De su ardiente amor en pago.

Inútil es que en la selva  
Queráis hallar de su paso  
Traidora huella que os muestre  
El sendero que tomaron.

Inútil que entre las sombras  
I entre los espesos ramos  
Queráis prender al valiente  
Que os hizo huir peleando.

¡Dejad tranquilo su lecho,  
En su casta union dejadlo!  
¡Se amaban i son dichosos,  
Eran libres i son salvos!

Id al Inca, vuestro dueño,  
I ante él de hinojos postrados  
Confesad vuestra vergüenza,  
Vuestra afrenta confesando;

Id i decidle que huisteis  
Ante un puñado de bravos,  
I que un ejército inmenso  
Dejó a cien libres el campo.

I cuando en vuestras espaldas  
De su rabia caiga el látigo,  
Cuando hiera vuestro pecho  
Con venenoso sarcasmo;

Inclinando vuestras frentes,  
Derramando triste llanto,  
Decidle que si vencidos  
Fuisteis por el araucano

Arrebatarle supisteis  
De un pobre hogar solitario  
Una prisionera hermosa,  
Para ofrecer a vuestro amo;

Habladle de su belleza  
I ponderad sus encantos;  
Talvez aplaqueis su enojo,  
Talvez detengais su brazo.

I cuando traerla os mande,  
Decid que de vuestro campo,  
Junto al Cuzco, un libre solo  
Os la arrancó de las manos.

---

¡Siempre oye el cielo propicio  
Los ruegos del desgraciado,  
Siempre encuentra la inocencia  
En sus dolores amparo!

¿Contempló de Tilatila  
La luna el dolor amargo,  
Escuchó su triste ruego,  
Dióle consuelo en su llanto? . . . .

Sobre los montes la aurora  
Lanza ya destellos claros,  
I aun amorosa la luna  
Tiende sus pálidos rayos

Sobre la floresta umbría,  
Sobre el lecho puro i casto  
Donde duermen los amantes  
Unidos por dulce abrazo.

Nadie ha turbado su sueño,  
Nadie su paz ha turbado,  
Que de su amor i su dicha  
Eternos serán los lazos.

---

Súbito rompe el silencio  
Confuso rumor de pasos  
I muchas voces se escuchan  
Que allí se van acercando.

Por fin aparece un hombre  
Entre los espesos ramos,  
Seguido de algunos jefes  
I numerosos soldados,

En su rostro dando muestras  
Ya de valor, ya de espanto,  
Señalando el triste sitio  
Así prorrumpe su labio:

—“Allí los dos se abrazaban;  
Aquí fué, bajo este árbol,  
Donde a ese infame rebelde  
Atravesé con mi dardo;

“A ella nó, que ilesa estaba,  
Mas él con su propia mano  
Arrancólo de su pecho  
I a la niña traspasando

“Herida i agonizante  
Recibióla entre sus brazos  
I juntos aquí murieron . . . .  
¡Oh! no la busqueis en vano! . . . .”

Así el villano disculpa  
Su cobarde asesinato  
I a los amantes se acerca  
Con planta osada entre tanto.

Mas ¡ai! envolvía el cuerpo  
De Jahuel infortunado  
Una hermosa hierbecilla  
Con verde i florido manto.

Acariciando su rostro,  
Atándolo con sus lazos,  
Parece que pretendiera  
Entre sus hojas guardarlo.

I cuando llegó atrevido  
A tocarlas un soldado,  
Resonó una débil queja,  
Sus tiernas ramas temblaron,

I hasta la tierra marchitos  
Inclináronse sus tallos  
Ocultando el frio cuerpo,  
Cual su tesoro, el avaro.

¿Era el temblor inocente  
Del pudor i del recato? . . . .  
¿Era el dolor de la amante  
Que le arrebatan su amado? . . . .

¡Vió talvez de Tilatila  
La luna el dolor amargo,  
Escuchó su triste ruego,  
Dióle consuelo en su llanto!

Siempre oye el cielo propicio  
Los ruegos del desgraciado,  
Siempre encuentra la inocencia  
En sus dolores amparo . . . .

---

Temerosos los guerreros  
De aquel lugar se alejaron,  
Que el misterio i la desgracia  
Son para el alma sagrados.

---

Cuentan que a aquel triste sitio,  
Por la tarde, solitario,  
Yupanqui, el Inca soberbio,  
Encaminaba sus pasos.

Cuentan que allí retenido,  
Como por májico encanto,  
Sorprendíalo la luna  
Ante la hierba postrado;

I entre confusos sollozos,  
I el rostro bañado en llanto,

Breve respiro a su angustia,  
Solia clamar su labio:

“Diera mi rejia corona,  
Diera todos mis vasallos  
I hasta mi nombre i mi vida  
Por estrecharte en mis brazos.”

Misterios del corazon,  
Del alma oscuros arcanos,  
¿Qué osada mente en su vuelo  
Ha logrado penetraros?

---

Hoi la dulce sensitiva  
Trasplantada a climas varios  
Es para el alma, misterio;  
Para el corazon, encanto.

Quizá el espíritu duerme  
De Jahuel entre sus ramos,  
Como duermen los suspiros  
En los virjinales labios;

Por eso tímida jime,  
De otra belleza al contacto,  
I se estremece e inclina  
Hasta la tierra su tallo.

¡Hechizo de la inocencia,  
Del amor sagrado arcano!  
¿A qué corazon no embriagan,  
Sensitiva, tus encantos?....

1875.

RAIMUNDO LARRAIN C.



## EL HOMBRE FELIZ.

(CUENTO.)

---

(Conclusion.)

—No seas lijero en jurar, Manuel, le contestó Ramon. Puede que alguna vez te veas obligado, apesar tuyo, a tomarlas, sino por gusto a lo ménos por ceder a repetidas instancias i no pasar por un hombre descortes i rudo.

—Mantengo mi juramento; no las tomaré aun cuando tuviese que quedar como un zote i mal educado ante el mundo entero. ¡Qué! ¿Es por ventura el mundo quien me da a mí la tranquilidad de conciencia de que disfruto? Nó, señores. I si la pierdo por darle gusto al mundo, talvez por un mero capricho, ¿él, acaso, podrá devolvérmela? Nó, Ramon; nó, amigo mio. El mundo es *el valle de lágrimas*, i puesto que hemos de llorar, lloremos lo ménos posible. Cuidemos de no dar ningun paso en falso, no sea que se nos tuerza el pié i midamos el suelo con nuestro cuerpo. Aunque me llamen aburridor i sentencioso les repetiré lo de siempre: El hombre que anda en malos pasos, tarde que temprano habrá de arrepentirse; sigamos por la senda de las buenas acciones i venga lo que viniere.... Pero, atencion, que voi a seguir la lectura.

“Vióse, pues, de la noche a la mañana reducido a la mayor estrechez el que poco ántes era el tema obligado de las mas animadas conversaciones, por su colosal fortuna. Murió desde aquel dia para el mundo el jóven millonario; pero de sus cenizas, cual nuevo fénix, renació pobre i de todos despreciado el que, tanto con riqueza como sin ella, era solo Gaspar Ponce. Al cerciorarme de mi ruina perdí hasta la conciencia de mi sér; alelado quedé como el hombre que ha experimentado una dolorosa caída; pero esta insensibilidad no se prolongó. Pronto se sosegó mi espíritu inquieto i la fria reflexion llegó a ocupar el lugar de la zozobra. Mediante ella ví como al traves de un velo la conducta que debia seguir.

Lucharé, me dije en un raptó de febril impaciencia, lucharé a brazo partido con la suerte i recuperaré por medio de un trabajo incesante, si no toda, a lo ménos una parte de la fortuna que tan necia e **inconsideradamente** he derrochado, i si ello no es po-

sible, si está decretado que haya de luchar siempre con la pobreza, sea: lucharé como bueno, con todas mis fuerzas, hasta que Dios disponga de mí. ¿Tendré que decir aquí que me ví obligado a abandonar la casa lujosa que fué en un tiempo morada del placer? ¿Diré aquí tambien que esos grandes amigos que en mi riqueza me incensaban, fueron los mas grandes indiferentes cuando me vieron umbral adentro en el miserable casucho de la pobreza? ¡Ah! recuerdo fatigoso; mas, por otra parte, rica experiencia del mundo, de los vicios i de las pasiones! En aquel dia un considerable número de esas personas que se llaman caballeros, sin tener de tales mas que ese vano título que se aplican gratuita i descaradamente, cortaron conmigo unas relaciones que les eran ya demasiado inútiles i sobre inútiles, enojosas. Profundamente me hirió ese desleal proceder. ¿Era posible que séres a quienes tanto habia protejido se comportaran de esa manera?

Con esto, aquel orgullo desmesurado que adquirí en mis tiempos de prosperidad se desarrolló mas i mas en mi abandono i llegó a ser grande i poderoso en mí. Cuando encontraba en mi camino algun antiguo conocido, variaba yo de rumbo para evitarme un mal rato o si esto no era posible apénas sí me dignaba saludarle.

Si alguna persona bondadosa se condolia de mi infortunio, en lugar de agradecerle su buena solicitud en mi obsequio, decíale con altanería: Guarde Ud., señor, para otro sér mas infeliz que yo los consuelos que me da i que no he menester. Jóven soi aun i apto para el trabajo, i habiendo perdido mi patrimonio por mi culpa, veo en Ud. i otras personas, que de ello se conduelen, otros tantos censores, aunque indirectos, de mi conducta. De este modo acabé de enajenarme las pocas simpatías que algunos individuos me conservaban.

### III.

“Trazada la línea de conducta que me proponia seguir, ningun sacrificio me arredró en adelante por doloroso que fuera. Reduje mis gastos a su mas simple expresion. Me prohibí por completo el exquisito vino i el delicado cigarro que fueron mi delicia en mi prosperidad. Me retiré de toda sociedad, no asistiendo a reuniones o paseos, ni espectáculos de ningun jénero; no recibiendo ni devolviendo visitas; viviendo, en una palabra, con el placer i la holgazanería que tanto habia acariciado yo en otro tiempo.

Ni mis parientes, aun los mas cercanos, fueron excluidos de la comun regla, a fin de no tener que tratar con alma viviente mientras mi posicion fuese precaria, i ahorrarme humillaciones que estaba en mi mano evitar. Acudí a los libros en mis ratos de li-

bertad, i ellos no me fueron infieles ni enemigos. Me deleitaban sin fatigarme; me enseñaban sin ayuda de dómine; proporcionábanme, en fin, lo que jamas me hubieran proporcionado el fausto i el esplendor: la instruccion.

En mi carácter i manera de vivir se habian operado tambien notables cambios: de alegre i comunicativo me volví sério i melancólico; i de perezoso i amigo de quedarme en la cama hasta mui avanzada la mañana me transformé en madrugador. ¡Ah! en esta época de mi vida, época de rudos afanes, que a veces me hacian perder la cabeza, aunque tarde i bien a mis espensas comprendí que la esmerada educacion que mis padres me dieron era el mejor patrimonio que hubieran podido legarme. Sin los recursos que ella me proporcionó hubiera yo muerto de hambre, porque era mui soberbio para tender la mano a nadie en solicitud de una limosna.

Cuando el recuerdo de mejores dias asaltaba mi mente, abandonábame toda mi entereza i una furtiva lágrima surcaba mi mejilla, mui a mi pesar. La reflexion venia en breve en mi auxilio, serenábase mi espíritu i me echaba en rostro mi debilidad. Soy un necio, me decia, en recordar un pasado que ya no existe: tratemos de vivir en lo presente i de allegar algo tambien para el porvenir. Sin embargo, apesar de la gran estrechez en que vivia i los sensibles cuanto ménos merecidos desengaños que recibiera, complacíame en llamarme siempre *El Hombre Feliz*."

—Ya creo en la existencia de la felicidad, exclamó Ramon admirado. Si un hombre tanto mas rico que yo quizás, reducido repentinamente casi a la indijencia, se considera feliz ¿por qué no he de serlo yo tambien? Sí, lo seré a despecho de todas las desgracias que experimente en adelante.

Manuel continuó la lectura.

#### IV.

"Solitario vivia yo en el mundo, como puede vivir un hombre en medio de un desierto, ajeno de cuanto pasaba a mi alrededor i en un completo olvido de las personas i de las cosas. En esta posicion un rasgo verdaderamente admirable me reconcilió casi por completo con la especie humana. Juzgad cual seria mi sorpresa al recibir un dia la visita de un jóven: sorpresa que debió traslucirse en mi semblante. Despues de los saludos de estilo el recién llegado me dijo:

—Veo, señor, que se asombra Ud. de verme en su casa cuando quizás Ud. no me conoce.

—En efecto, le respondí ya tranquilo, no recuerdo haber visto a Ud. ántes de ahora.

—Me vió Ud., señor, cuando yo era mui jóven i he variado tan-

to desde entónces que no es raro no me haya conocido Ud. ¿Recuerda Ud., señor, a don Jervasio Vaina?

—Mucho, señor, como que fué un excelente amigo de mi finado padre i tambien mio.

—Pues bien, señor, el hijo mayor de don Jervasio es el que tiene el gusto de hablar a Ud.

—Permítame Ud. estrechar su mano, señor; los hijos del buen amigo don Jervasio son tambien mis amigos.

—Gracias, mil gracias, señor, dijo conmovido el jóven.

—I ¿a qué debo la satisfaccion de ver a Ud. en esta su casa, señor.....?

—Calixto, un servidor de Ud.

—¿Señor don Calixto?

—A un deber que ántes de ahora no me ha sido posible cumplir, dijo el jóven. Si Ud. me lo permite recordaré, de carrera, el pasado de una familia íntimamente relacionada conmigo.

—Puede Ud. hacerlo, jóven.

—Vivia en cierta ciudad un buen hombre cargado de familia i de escasísimos recursos. El no divisaba porvenir alguno, porque todo era tinieblas i desesperacion. La Providencia en sus ocultos designios condujo de inusitada manera hasta la casa del pobre a un caballero bondadoso que comprendió a la primera ojeada la estrechez en que la familia vivia; i queriendo recompensar de algun modo la benévola acogida que se le dispensó, al tiempo de despedirse ofreció en préstamo, sin interes alguno i por un tiempo ilimitado, al dueño de casa una gruesa cantidad de dinero. Aquel rechazó por delicadeza la oferta i a los ruegos de su mujer respondia:—Pero mujer, ¿cómo quieres que acepte nada cuando no podria devolver ese dinero, si por casualidad llegase a perderlo?—I la esposa replicaba: Tú te pones siempre en el último caso. ¿Para qué rehusar esa suma que con tanta espontaneidad te es ofrecida, cuando con ella puedes aliviar la suerte de tu familia i educar a tus hijos?—El dinero fué al fin recibido i mejoróse la situacion de aquella familia. Todo termina: el bienhechor i el agraciado murieron; el último, encargando a su mujer e hijos que pagaran la sagrada deuda a los herederos del primero. El hombre que jenerosamente socorrió a aquella familia desvalida fué su señor padre de Ud., i la familia es la mia.—He venido, pues, prosiguió el jóven, a cubrir a Ud., señor, parte de esa sagrada deuda i a constituirme por un documento deudor de Ud. por el resto.

I esto diciendo vertió sobre la mesa una crecida cantidad de monedas de oro i una obligacion en toda forma que de antemano traia preparada.

El sencillo relato de aquel jóven me conmovió profundamente i abrazándole, llenos los ojos de lágrimas, díjele que nada me debia, desgarrando a su vista el documento aludido.

—Nó, señor, me contestó él con entereza. El servicio que su se-

ñor padre prestó al mio fué inmenso. Mediante él pudo vivir holgadamente mi familia i seguir cada uno de nosotros una profesion. Ahora bien, yo ya he terminado la mia; ella me proporciona, sin grandes esfuerzos de mi parte, lo necesario para el sosten de mi madre i hermanos, i algo tambien para ir cancelando a Ud. paulatinamente el resto de la deuda.

—Nada he encontrado, entre los papeles de mi padre, que me revele la existencia de esa deuda, añadí vacilante.

—Ella, sin embargo, existe, señor, me observó; i es un hecho notorio a toda mi familia que no ha sido cancelada hasta ahora; i esto nos basta. Así, pues, señor, no mas vacilaciones i guarde Ud. ese dinero que lejitimamente le pertenece.

—Recuerdo ahora, le dije pensativo, haber leído entre varios documentos legados por mi padre, uno en cuyo rótulo se leia: *Préstamo hecho hoi, 27 de marzo, a mi amigo Jervasio Vaina sin cargo de devolucion.* Ve Ud., pues, jóven, que me es casi imposible recibir ese dinero, porque en lugar de préstamo fué dádiva la que quiso hacer mi padre.

—Dádiva que el mio no aceptó jamas, me contestó él al instante. I en seguida agregó: Guárdelo Ud., señor, pues aunque no quiera Ud. recibirlo o quiera condonarme parte de la deuda, protesto a Ud. que no lo permitiré.

Apesar del tono con que pronunció las anteriores palabras, que denotaban su firme resolucion de no aceptar la menor cosa, determiné insistir.

—Me pone Ud. en el duro trance de tener que rechazar esa suma, jóven, le dije, si persiste en su negativa.

—¿I por qué habria yo de aceptar la parte que Ud. me ofrece, señor? me contestó. No lo recibiria a título de dádiva, porque, como ya dije a Ud. ántes, mi trabajo me proporciona lo necesario para el sosten de mi casa; ni a título de recompensa, porque la suma que acabo de entregarle es una mera devolucion. ¿A título de qué la recibiria entónces?

—A título de préstamo, le indiqué yo vivamente, con la intencion de proceder en esto tomando por modelo a mi padre.

—Tampoco, señor, me replicó, porque no la necesito.

—Sin embargo, volví a insistir de nuevo, ya que Ud. no quiere aceptar nada, dedicaremos parte de esa suma a obras pías.

—Ud. es mui dueño de darle la inversion que crea mas oportuna.

—Sí, añadí, pero al hacerlo, me voi a permitir tomar el nombre de Ud.

—Es decir, que Ud. hace la limosna i yo cargo con los agradecimientos. Esto no me parece equitativo.

—Sin duda que lo es.

—Sea como Ud. quiera, señor, me dijo despues de una breve pausa. Ganaremos alguna vez induljencias con Ave-Marías ajenas, como se suele decir.

I con esto terminó nuestro diálogo.

Distribuí, pues, a nombre de mi amigo, entre varios establecimientos de caridad, la suma que le habia señalado.

V.

“Hastiada de perseguirme la fortuna, empezó a sonreirme desde aquel día.

A la devolucion de la suma indicada, cuya deuda apénas recordaba, siguiéronle otras i otras.

Recibí mas de una vez las visitas de personas que habia ayudado en mejores tiempos i que, por causas independientes de su voluntad, no habian podido pagarme ántes.

Papeles i documentos que consideraba de ninguna importancia, la adquirieron a su vez, considerable, a mis ojos.

Se hallaba entre éstos uno que estuve muchas veces a punto de desgarrar.

Habian procedido con tanta deslealtad hácia mí, tan inícuamente, que el solo recuerdo del hecho me sacaba fuera de quicio.

Cuando perdida ya la esperanza de recobrar nada por el largo tiempo trascurrido i deseoso de evitarme inútiles mortificaciones iba a entregar a las llamas el documento aludido, fué a verme el individuo que habia abusado tan torpemente de mi buena fé i pidió hablarme.

A su vista, se renovaron todas las amarguras que me habia ocasionado su negra accion, ofuscóse mi mente i cegado por la cólera, exclamé:

—¿Con qué derecho se atreve Ud. a pisar los umbrales de mi casa, cuando de un modo tan infame me engañaron Ud. i sus hermanos?

Inmutóse ante tan extraordinaria salida aquel hombre; mudó varias veces de color su rostro; enmudeció un buen rato; i re- puesto al fin de su emocion, me dijo:

—Merezco, señor, las duras palabras que Ud. acaba de pronunciar i de ellas no me doi por ofendido.

Aquella explícita confesion de su falta apaciguó mi cólera instantáneamente i me sentí pequeño ante tan cristiana mansedumbre.

Vuelto a recobrar mi natural estado,

—¿Indíqueme Ud., le dije, el objeto que a esta casa le conduce?

—Se lo diré a Ud. brevemente, señor, me contestó. Me permitirá Ud. que haciendo una pequeña digresion, traiga a la memoria pasados sucesos.

Cuando tuvimos la desgracia de caer en falencia, comprometiéndolo a Ud. por fuertes sumas en ella, como nuestro fiador, pedimos quitas i esperas a nuestros acreedores, las que nos fueron

concedidas, aunque con alguna dificultad. Continuamos siempre el mismo negocio que habíamos llevado hasta allí; pero, apesar de nuestros constantes esfuerzos por reunir lo preciso para cubrir nuestras deudas, hemos luchado infructuosamente contra la suerte, pues hásenos mostrado ésta siempre adversa i nada hemos podido hacer. En situacion tan desesperada, hace cosa de un mes o mas que nos escribieron participándonos que una de las minas que mas desembolsos i sinsabores nos cuesta, como que ella fué la causa primordial de nuestro fracaso, *la Desgracia*, en fin, estaba en alcance. Escasa importancia dimos al principio a la noticia, considerándola una de tantas ilusiones como se forja continuamente el minero; pero la afirmacion no ha tardado en venir con datos mui lisonjeros i positivos sobre el magnífico estado de la mina.

Parece que el alcance es soberbio, tal como no se habrá visto otro igual hasta ahora.”

—Bella oportunidad para cubrir sus deudas, interrumpió Pablo.

—No me interrumpa, señor impaciente, dijo sonriendo Manuel i dejando el libro a un lado para tomar aliento.

—¡Adelante, lector, adelante! agregó Ramon, parodiando a Pablo; que si a cada paso nos detenemos, no oiremos el final de la historia, porque nos quedaremos ántes traspuestos!

—Vaya que son Uds. rencorosos, mis amigos, les replicó Pablo; i qué bien sabe Ramon volver la oracion en pasiva.

—Con vuestro beneplácito continúo, caballeros, dijo Manuel cojiendo de nuevo el manuscrito.

“Nuestra primer dilijencia, al considerarnos poderosos, es volver por nuestro honor, haciendo desaparecer la fea mancha que aquel fracaso arrojara sobre nuestro nombre. De comun acuerdo, mis hermanos i yo, hemos determinado subsanar todos los perjuicios que nuestra quiebra haya podido ocasionar a nuestros acreedores. Ud., señor, fué el mas perjudicado de todos ellos i por lo tanto merece ser tambien cubierto, primero que nadie, íntegramente de sus créditos con sus respectivos intereses.

—Con que me paguen Uds. el capital, me daré por mui satisfecho, le interrumpí yo.

—Abonaremos tambien a Ud., señor, los intereses de esas sumas hasta el dia de hoi, me respondió. I al proceder así, no crea que hacemos con Ud. una excepcion, porque del mismo modo procederemos respecto de nuestros demas acreedores, apesar de no estar obligados por la lei a devolver las quitas que aquellos nos concedieron.

—Proceden Uds. con hidalguía, como deben proceder los caballeros, con arreglo a su conciencia, que es la mejor lei a que pueden Uds. ajustar sus procedimientos ulteriores, le repliqué. De este modo quedarán Ud. i sus hermanos completamente rehabilitados en el concepto público.

—Ese es nuestro deseo mas vehemente, señor, agregó; i para conseguirlo, no omitiremos sacrificio alguno de nuestra parte, por doloroso que sea.

I cojiendo su sombrero, cuando todo se hubo arreglado, próximo ya a partir:

— Espero, señor, me dijo, nos perdonará Ud. el haber abusado de su buena fé en otro tiempo. Moviéonos a ello por una parte el deseo de conservar ilesa nuestra honra i por la otra el temor de quedar en descubierto i tener que suspender nuestros pagos, lo que nos vimos desgraciadamente obligados a hacer mas tarde, a pesar de esto.

—El paso que acaba Ud. de dar lo borra todo, señor, le contesté. Yo, a mi vez, tengo que pedir a Ud. un favor.

—¿I cuál puede éste ser, señor?

—Que tenga Ud. por no pronunciadas las crueles palabras que vertí en un acceso de cólera al ver a Ud.

—No las he vuelto a recordar, ni las recordaré jamas, señor, me replicó saludando i tomando en seguida el portante.”

—No se puede negar que obraron con delicadeza esas jentes, al cubrir íntegramente sus créditos cuando a ello no estaban obligados por la lei, observó Ramon.

—Tal proceder borra completamente sus pasadas faltas, añadió Pablo, o al ménos, si esto no es posible, las atenúa considerablemente.

—Tienes razon, Pablo, indicó Manuel; el temor de caer en falencia les hizo cometer una innoble accion, cuyos efectos han procurado hacer desaparecer por completo, pero cuyo recuerdo conserva indeleble la memoria.

—¿Han observado Uds. la facilidad con que el hombre se enriquece cuando le sopla próspera fortuna? preguntó Ramon.

—Reñido estoi con tan inconstante diosa, exclamó Pablo con amargura. Jugóme una que la recordaré toda mi vida.

—Deseamos saber esa historia, exclamaron Ramon i Manuel a una.

—Nada es tan fácil como complacer a Uds., amigos mios, replicó Pablo. Héla aquí: Ocurriósele una vez a un hombre, considerado por todos como un infeliz, el comprar una partida considerable de un artículo de escaso valor. Sin justificado motivo, sin causa alguna aparente, adquirió aquél al poco tiempo un precio elevadísimo. Por tan casual coincidencia realizó aquel infeliz considerables beneficios en su especulacion. Divulgóse mui presto la noticia, súpolo rápidamente toda la jente en el pueblo en que aquel vivia i hacíanse todos lenguas ponderando su prevision i talento, cuando habia procedido como todos: al acaso. Envalentonado con tan feliz éxito, tuvo la malhadada ocurrencia de volver a probar fortuna. ¡Ojalá nunca se le ocurriera! Cuando penetraron los demas su intento, extraño furor se apoderó de ellos por seguir sus huellas. Alcanzó el artículo precios fabulosos con

semejante demanda, como es fácil de suponer. Compraron fuertes cantidades, sin embargo, los que deseaban hacerlo, entre los cuales hallábase vuestro amigo Pablo, que cayó también en el garlito. Llegado el caso de realizar la especie para evitar su descomposición, resultó haber cantidades considerables de ella, lo que introdujo un pánico terrible entre los tenedores del artículo, que creían haberlo abarrotado por completo. Diéronse, en consecuencia, prisa en realizarlo i tan buenas trazas se dieron, tanta actividad desplegaron que, junto con realizar la especie, se vieron ellos, el infeliz, oríjen inocente del mal, i yo, completamente arruinados.

—Qué solemne chasco te llevaste Pablo, por seguir ciegamente a los demás, dijo Ramon.

—Tan completo, contestó el aludido, que aun no me repongo de él.

—Pero ¡hombre! observó Manuel; te quejas de la suerte i dices que te ha golpeado, cuando tienes tú la culpa de todo. ¿A qué diablos ir a especular en un artículo que habia alcanzado tan subido precio, por seguir el ejemplo de los demás? Bueno es esto cuando por la ninguna demanda el artículo declina considerablemente de precio. Este i no otro es el momento afortunado de entrar en esas empresas donde se improvisan rápidas fortunas.

—Pero donde se pierde también hasta la camisa, caso de irle a uno mal, arguyó Ramon.

—Sí, cuando se marcha al acaso i sin la debida cordura, como procedió Pablo, contestó Manuel.

—Aunque muy a mis espensas he llegado a convencerme de esto mismo, observó el narrador. I lo poco que hasta ahora he logrado reunir, no lo perderé tan neciamente ¡no!

—Los golpes enseñan a los hombres, mi buen amigo, agregó Manuel sentenciosamente, volviendo a cojer el manuscrito i continuando:

“Esto, unido a la bella acción que referí antes, modificó por completo mis ideas.

En medio de la amargura que me produjeron los pasados desengaños, habia medido a los hombres por un rasero, considerando a todos igualmente ingratos, igualmente malos.

Conozco que anduve desacertado al desconfiar del hombre en jeneral, puesto que la experiencia me pone ahora, como me puso antes, de manifiesto que los hai cumplidos. Debo confesar injenuamente que estaba en el error cuando creia que la honradez, probidad i demás virtudes, habian abandonado nuestro planeta.

## VI.

“A la vista de aquel dinero, creí que la fortuna se entraba de rondón en mi casa.

Parecíame imposible que fuera yo el único poseedor de él. Complacíame en contarle i volverlo a contar nuevamente; palpábalo una i otra vez; hacia, en fin, los mismos extremos que hace el niño a quien se da un juguete por el que ha suspirado largo tiempo sin poderlo conseguir.

Juzgue cualquiera de mi situacion.

De una pobreza extremada habia pasado a ser, en un momento, poseedor de una regular fortuna.

¡Nada de privaciones! me dije en el colmo de mi entusiasmo, ¡nada de ahorros o economías! harto he luchado con la miseria i estrechez para no proporcionarme ahora todas las comodidades posibles, pudiendo hacerlo. Mas, reflexionando un instante despues, ví que el plan que en mi entusiasmo me habia propuesto seguir, me conduciria de nuevo a la miseria de que acababa de salir. Soi un loco, me dije, volviendo en mí, en construir castillos en el aire que a nada conducen. ¿Qué a mí las comodidades que todos anhelamos con vehemencia? Sin otra ambicion que la de vivir tranquilo, sin necesidades ficticias de ningun jénero, servicio que debo a la pobreza ¿de qué me servirian ellas? No tengo deseos de volver a caer en la miseria. Sensible cosa es esta para quien ha nacido en la opulencia. Yo, que los graves inconvenientes de entrambas situaciones he palpado, conozco eso perfectamente. Buena es la pobreza, pero para experimentarla una sola vez, por corto tiempo i como por via de ensayo, como la experimenté yo mismo.”

—Aquí parece contradecirse a sí mismo tu amigo Samuel, exclamó Pablo, dirijiéndose al lector.

—¿De qué manera? preguntó el aludido, cerrando el libro.

—Antes entonaba himnos en loor de la pobreza, i ahora nos viene diciendo que es una cosa temible i buena solo para servir de ensayo, replicó el primero.

—No veo en dónde se encuentre ahí la contradiccion.

—¿Cómo no? dijo Pablo; ¿no decia tu amigo que se encontraba mui bien i se consideraba siempre el hombre feliz, aun en medio de su pobreza?

—Es precisamente lo que decia, le interrumpió Manuel.

—¿Por qué aceptó entónces las cantidades que le fueron devueltas, si variando con ellas de posicion no sabia si podia considerarse siempre tan feliz? replicó Pablo.

—No seas loco, Pablo, le dijo Ramon, terciando en la conversacion. Por mui poderoso i feliz que se considere el hombre, siempre desea serlo mas i mas, buscando incesantemente los medios de conseguirlo. Esto sentado, bien ves que el amigo de Manuel, aunque mui feliz, solo obedeció a la comun lei al aceptar el dinero que le fué devuelto.

—Confieso mi error, agregó Pablo, despues de un momento de reflexion, convencido de lo que decia su amigo.

“Me preocupó bastante la idea de la inversion que daria a ese

dinero, dijo Manuel tomando el libro i leyendo maquinalmente.

“Despues de vacilar un momento: le distribuiré, me dije, con las debidas seguridades i a un módico interes, entre los pobres, beneficiándoles de este modo grandemente, sin exponer mi capital; i con lo que él produzca viviré tranquilo en una honrosa medianía. Para llenar completamente mi objeto, busqué aquellos comerciantes, industriales i agricultores de notoria honradez i capacidad, redimí sus deudas i alivié su suerte considerablemente, rebajándoles a desusado nivel la tasa del interes.

Cundió presto la voz de *mi necesidad*, como llamaban muchos al deseo que yo abrigaba de ayudar a las jentes honradas i laboriosas, i acudian todos presurosos a pedirme los auxiliara en sus apuros.

En brevísimo tiempo distribuí todo lo de que podia disponer.

Teniendo mi porvenir asegurado i hastiado de verme solo, determiné elejir una compañera.

El cielo se encargó de deparármela cumplida.

Como visitara a menudo la casa de mi amigo Vaina, me enamoré perdidamente de una de sus hermanas, tierna i candorosa niña de quince años. No pudiendo resistir mas el deseo de llamarla mi esposa, me apersoné un dia a mi amigo Calixto i le hablé de esta suerte:

—Te voi a hacer depositario de un secreto de que dependerá sin duda mi futuro bienestar. Estoi enamorado, le dije.

—¡Hola! ¡hola! ¿i quién es la beldad que ha podido hacer latir ese corazon de hielo? me preguntó

—Es Primitiva, le contesté, encendido como una amapola.

Revistióse su semblante de desusada seriedad, i me contestó gravemente:

—Si tu determinacion es invariable, Gaspar, ya sabes tú a quien poder dirigirte para pedir la mano de mi hermana. Mas, cumple a mi lealtad el indicarte que Primitiva solo posee por todo patrimonio un corazon puro que poder ofrecer al que se digne elejirla por esposa.

—Eso nada importa, le repliqué yo al instante, agregando: te ruego con encarecimiento le hables a tu digna madre sobre el particular.

Tomándome entónces Vaina de la mano:

—Ven, me dijo, que voi a conducirte a su presencia, para que puedas hablarle tú mismo.

I sin oponer la mas leve resistencia me dejé conducir como un niño.

Al verme en presencia de la señora, poco faltó para que perdiera toda mi entereza.

Vino entónces Calixto en mi ayuda.

—Madre, la dijo, mi amigo Gaspar desea le conceda Ud. la mano de Primitiva.

Me miró profundamente aquella señora; reflexionó un momento i luego me dijo:

—Ante todo, debo prevenir a Ud., caballero, que somos pobres i que vivimos del trabajo de Calixto.

—Ya habia tenido éste la lealtad de indicármelo, señora, contesté. Pero debo agregar a Ud. que yo sabia de antemano esta circunstancia, desde que, con tanta jenerosidad, me fué devuelta la suma que prestó en otro tiempo mi padre al señor esposo de Ud.

—Entónces, señor, me dijo, puede Ud. dirigirse personalmente a Primitiva i exponerle su peticion que yo ratificaré gustosa si ella da su consentimiento.

Hícelo así en efecto, i convencido del cariño que Primitiva me profesaba, me uní a ella poco tiempo despues.

## VII.

“Los dias mas felices de mi vida fueron los que pasé al lado de aquella mujer incomparable.

Dióme sucesivamente hasta tres hijos, dechados de gracia i belleza todos ellos.

Cuando alguna nube pasajera amenazaba empañar el cielo de nuestra felicidad, cojia la madre en brazos a alguno de sus hijos, i besándolo, me decia.

—¡Qué bello ejemplo es el que damos a este anjelito con nuestros disgustos domésticos!

Celosa de mi felicidad i bienestar vino la muerte a poner término a ellos, arrebatándome al hijo mayor i mas querido de todos, despues de una enfermedad de pocos dias.

Quebrantados por el dolor, como queda el árbol herido por el rayo, así quedamos entrambos esposos con la muerte de nuestro hijo.

Cuando el olvido parecia haber amortiguado un tanto la amargura, una nueva catástrofe, una nueva muerte, la de nuestro segundo hijo, vino a reavivar los dolores que nos causara la pérdida del primero.

Las continuas veladas de mi mujer a la cabecera del niño enfermo la hicieron contraer una afeccion al pecho, que aumentó aun mas con la intensidad del nuevo dolor.

Habria cedido gustoso toda mi fortuna, habria cavado gustoso la tierra, sobrellevado tambien gustoso las mayores sufrimientos i aun la muerte, sin exhalar una queja, en cambio de ver restablecida a mi esposa.

¡Pero estaba decretado que habia de morir!

Todos mis esfuerzos fueron inútiles; vanos mis desvelos, ineficaces los remedios i solícitos cuidados que se la prodigaron.

Cuando llegó aquel instante fatal, creí yo llegada mi última hora. La desesperacion se apoderó de mí i me hubiera dejado

morir de hambre si el recuerdo del hijo que aun me vivia i los ruegos de mis amigos no me hubiesen hecho abandonar mi intento.

Era preciso que viviera. ¡No habia aun apurado hasta las heces el cáliz de la amargura!

Habia notado que, año por año, con cierta diferencia, se iban muriendo las prendas mas queridas a mi corazon, así es que me estremecia de espanto al aproximarse el aniversario de tan luctuosas fechas.

Poco ántes de llegar una de éstas, enfermó mi tercer hijo.

La enfermedad no presentó al principio síntomas alarmantes, pero a medida que se acercaba el dia fatal, íbase empeorando el enfermo visiblemente. En vano fué que se apuraran todos los recursos de la ciencia, fué impotente para combatir el mal i succumbió el enfermo a su violencia.

Aquello acabó de trastornar mi cerebro, ya considerablemente debilitado por tantos i tan repetidos sufrimientos. Estuve durante cuatro meses suspenso entre la vida i la muerte, pero recobré al fin mi razon. Vaga melancolía se apoderó de mí desde entonces, la que no me abandona hasta la hora en que escribo por última vez en estos apuntes.

He quedado solo en el mundo, con el corazon destrozado por el dolor. Si no creyera que en breve he de seguir tambien la suerte de mi mujer e hijos la desesperacion se apoderaria de mí i quien sabe lo que despues sucederia.—FIN.”

—Así acaba, señores, la historia del *Hombre Feliz*, dijo Manuel conmovido, cerrando el libro. I añadió: voi a comunicaros algunos detalles mas sobre él.

El dia en que se cumpliera el 5.º aniversario de la muerte de su primer hijo, murió tambien mi infeliz amigo, legando a los pobres, en su testamento, toda su fortuna.

—¡Qué fin tan triste tuvo el *Hombre Feliz*! dijo Pablo, gravemente.

—Bien nos decia Manuel que no puede uno ser constantemente feliz, observó Ramon; he hallado en el curso de esta narracion mui bellos ejemplos que imitar i excelentes consejos que seguir, por lo que pido a mi amigo Manuel me obsequie los apuntes cuya lectura nos ha causado tan honda impresion.

—Todo lo que poseo pertenece tambien a mis buenos amigos Ramon i Pablo, contestó el aludido. Cedo, pues, gustoso, al primero los apuntes que me pide.

—Gracias, mil gracias, bondadoso Manuel, respondió Ramon.

—Hora es de que nos separemos, dijo Pablo, consultando su reloj, tomando su sombrero i el portante, despues de haberse despedido de ellos.—Despidiéronse Manuel i Ramon a su vez, tomando cada cual la direccion de su casa.—Santiago, Febrero 4 de 1876.

JOAQUIN MARTINEZ RUIZ.